

sico, y yo, éramos los encargados de interpretar las composiciones. Una tarde, cuando todos oían música de Beethoven, apareció en el umbral del salón un joven delgado, pálido y con aire enfermizo. Avanzó unos pasos y lanzó una mirada de asombro sobre todos los asistentes. Se volvió rápido y salió precipitado a refugiarse en su torre, no precisamente de marfil, sino de centenarias piedras berroqueñas. Era la primera vez que veía al poeta Rilke.

○

Los invitados partieron y permanecimos solos en el castillo mi amigo y yo. Continuando la costumbre de hacer música por las tardes a la hora del crepúsculo, estaba interpretando un día varias piezas de Schumann, cuando al terminar y levantarme se apresuró hacia mí con las manos extendidas el poeta, que llevaba largo rato escuchando. Me dió un efusivo apretón de manos y con voz casi imperiosa, me dijo: «Toque algo de Mozart». Gustoso en complacerle, empecé uno de mis trozos predilectos, el bellissimo «adagio en si menor». Al volverme para ver la impresión que le había producido, le hallé ensimismado y lejano, permaneciendo en esta actitud un buen rato, hasta que de pronto se incorporó al sillón y salió de la estancia con paso rápido sin pronunciar una sola palabra. Varios días continuó acudiendo sin despegar los labios hasta que una tarde, de improviso, se puso a hablar con vehemencia de música. La conversación derivó hacia la literatura y pintura para finalizar en la poesía y, sacando unas cuartillas de su bolsillo, sus últimas composiciones, empezó a leer emocionado. No era buen lector, pero había tal vibración, tanta sensibilidad en su voz que conmovía oírle. Era un hombre difícil de tratar y con el que se necesitaba una diplomacia extraordinaria. Muy enfermo, tímido y huraño casi siempre, podía ser efusivo y amabilísimo cuando se encontraba a gusto con personas que le podían comprender. Todos en el castillo respetaban sus caprichos.

Mi amigo me decía sorprendido que era admirable como había logrado humanizarle.

De repente desapareció como había venido y no le volví a ver más.

La tragedia que dos años más tarde se extendió por Europa y que hizo desaparecer el castillo de Duino, convirtiéndolo en ruinas, también me alcanzó. Perdí cuanto poseía, entre otras cosas interesantes, cuatro poemas totalmente inéditos que me había dedicado y regalado el poeta.



(Dibujo de Alfonso R. Jaubert)

Manuel COELLO